

En pie el pequeño, rojo de coraje,
avanzó lentamente hacia el muchacho,
que doblaba su edad y su estatura,
y con puños y dientes apretados,
gallarda la actitud, con valentía,
le espetó cuando sólo estaba a un paso
esta frase que aun lléname de orgullo:
«Es mi madre. ¿Te enteras? ¿Quieres algo?»

.....
¿Preví la lucha desigual, insólita?...
¿Tuve miedo, tal vez? ¡No sé explicarlo!
Llamé al pequeño, le empujé hacia casa,
al tiempo que le dije con enfado:
«¡Déjate de bravatas, monigote!»
y la noble actitud se vino abajo.
Su valor, su arrogancia defendiéndome,
se frustró en un momento, y el muchacho...
¡Ay, aun hieren mis oídos sus burletas!
mientras el niño con los ojos bajos,
iba delante en actitud humilde,
la barbilla en el pecho, avergonzado.

.....
A los padres también, en ocasiones,
deberían los hijos castigarnos...
Yo, en aquellos momentos, merecía
¡un fuerte y doloroso palmetazo!

Eladia MONTESINO



RECUERDOS

EL CAFE VARELA

por Miguel MUÑOZ de SAN PEDRO,
(Conde de Canilleros)



El último superviviente de los viejos cafés madrileños con juego de espejos, divanes y tradición literaria, fue el Varela, en la calle de Preciados, junto a la Plaza de Santo Domingo. En un muro de él se puso una placa de mármol, con un medallón de bronce y esta inscripción:

EN ESTE LUGAR
ESCRIBIO SUS MEJORES VERSOS
EL GRAN POETA
EMILIO CARRERE
1881-1947
HOMENAJE DE LOS POETAS ESPAÑOLES
MADRID M C M L I I.

El medallón representa a Carrere con su pipa en la boca, sombrero de anchas alas y capa española.

El Varela fue el último refugio del poeta madrileñista, que antes había repartido su bohemia entre éste y los cafés de San Bernardo, Castilla, Granja del Henar y Negresco.

En un café conocí a Carrere, en cafés lo ví siempre y en el Varela por última vez. Fue el enamorado de su «musa bohemia» y el poeta indiscutido del Madrid castizo.

Antes de conocerle y tener directas noticias de él, yo había creído en la auténtica bohemia que refleja, entre otros muchos versos suyos, esta estrofa:

«Yo fui un niño enfermizo, pálido y enlutado,
que demasiado pronto conoció la tristeza

del trágico y grotesco dolor de la pobreza.
Yo he dormido en los bancos de un parque abandonado».

Todo esto era falso. Fue un burgués que no pasó nunca apuros económicos. Estudiante de Filosofía y Letras, dejó la carrera por sus aficiones literarias, contrajo matrimonio muy joven, tuvo un apacible hogar con hijos y heredó de sus padres lo suficiente para estar a resguardo de toda eventualidad durante su vida. Su bohemia la creó él, gran trasnochador y curioso de bucear en los más bajos fondos sociales.

—Soy incapaz— decía—de escribir una línea en mi despacho. Forzosamente, tengo que escribir en el café.

Era cierto, porque su creación bohemia la tenía tan arraigada, que llegó a formar en él una segunda naturaleza.

La estampa de su silueta, con pipa, capa y sombrero, fue por varios años un símbolo en las calles madrileñas. En Madrid había nacido, en 1881, y en Madrid murió, el 30 de Abril de 1947, en la que llaman Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles. Enamorado del Madrid de Mesonero Romanos, Galdós, Arniches y Bretón, compuso verso y prosa, con fuertes contrastes de luz y sombras, con duras pinceladas goyescas. Novelas, poemas y comedias se escribieron en los cafés de divanes de peluche, luz opaca y espejos pálidos; en los que él llamó

«¡Dulces rincones de amor
de los cafés solitarios!»

Sus creaciones las soñaba en el deambular transnochador por las calles madrileñas; en la hora propicia e iluminada que evoca así:

«En las horas nocturnas vivimos otra vida
misteriosa, en el fuego de una estrella distante,
con otra vestidura más tenue y más radiante,
en una insospechada ciudad desconocida».

Si en sus ensueños de noctámbulo hubo lugares ignotos, en la realidad viva y latente no había para él más ciudad que la villa y Corte, con sus típicos rincones, tal como la calle de San Bernardo y sus alrededores, aquél

«Madrileño barrio latino,
tan pintoresco y tan genuino
con su alegría juvenil,

con sus billares, sus chirlatas,
casas de huéspedes baratas
y las traviesas zaragatas
de la caterva estudiantil».

Mi amistad con Carrere fue superficial, reducida a charlas de café sobre temas literarios. Por eso el recoger sus versos entra en mi recuerdo personal, ya que fueron evocados muchas veces durante nuestro trato.

—Yo siento que llevo a Madrid metido en las venas—dijo en una ocasión—. Me atraen sus viejos rincones, aún los menos interesantes; pienso que no hay mujeres como las de este pueblo, ni alegría como la de aquí. La pena es que todo va cambiando, que la que aún es villa, pero no ya Corte será pronto una de ésas que llaman ciudades cosmopolitas, sin sabor propio. Todo se transforma. Ya ni siquiera hay chulaponas a las que poder decir un piropo.

Confirmando su último aserto, yo le recordé esta estrofa suya:

«Bajo las galas de la tanguista
se mustia el alma de la ex-modista
de un trasnochado Madrid chulón.
La mariposa cabaretera
fue la garbosa chamberilera
del baile a izquierdas y del mantón».

La última vez que ví a Carrere fue, como he dicho, en el Varela, en 1946. Ya entonces la transformación madrileña era honda:

—Me siento—dijo—como una fiera acosada a la que van destruyendo todas sus guaridas. No me queda más refugio que este café. El día que a un Banco se le ocurra poner en él los ojos, me veré en la calle y tendré que morirme. ¿Qué voy a hacer yo sin un viejo café? Los modernos congéneres y las cafeterías no me sirven.

Emilio Carrere, el poeta de los ensueños madrileñistas, se fue del mundo, vivo aún su último refugio, en el que se celebró una velada poética en su honor y en el que fue puesta la citada lápida en 1952; pero se fue a tiempo, porque un poco más tarde también ha llegado el turno de destrucción para el café Varela.